



en Tamahú

HOJA INFORMATIVA, N° 148 – SEPTIEMBRE, 2024

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

Nueva visita a Tamahú

ANTONIO SALAS

Llevamos años visitando nuestra misión. De ordinario acostumbro a decir que en ella todo sigue igual por más que algunos detalles los veamos de manera distinta. Pues bien, en esta ocasión me veo forzado a disentir. Y no porque haya observado variaciones notorias en nuestras obras de ayuda, sino por detectar un sorprendente cambio de actitud hacia nosotros por parte de nuestros beneficiarios. Y esto nos ha causado honda alegría. En realidad, no es fácil que un colectivo indígena exprese sus sentimientos,



Vertiendo en llanto su desconsuelo

no con palabras y sonrisas protocolarias, sino con gestos solo entendibles cual signo inequívoco de amistad. Y eso creo que está ocurriendo. ¿Cómo entender si no que muchas mamás se disputen el honor de que yo sostenga a sus niños en brazos? ¿No es a su vez sorprendente que tanto las jovencitas como los ancianos consideren un privilegio sacarse una foto conmigo? ¿Cómo explicar que una madre apoye su rostro en mi pecho para verter en él sus sollozos? Portes así nunca los había percibido. Lo entendía y lo asumía, al no ignorar que llevan siglos acumulando desesepero. Y este siempre acaba generando recelo.

Si alguien entiende como romántica la labor con los indígenas, no creo osado afirmar que se equivoca. Y es que ellos acostumbran a militar en el imperio de la desconfianza. Aunque su ignorancia esté a tono con su pobreza, muchos han escuchado –no sabría decir ni cuándo ni dónde- que los españoles somos, en el fondo, los causantes de sus desdichas. De hecho, así acostumbran a propalarlo a veces quienes blasonan de eruditos. No es fácil erradicar los prejuicios, sobre todo si cuentan con una solera de siglos. Por eso siempre he comprendido que, en un principio, su desconfianza fuera nuestra única presea. Gracias a la sorda y eficaz labor de nuestro representante, los aldeanos hoy ya nos tratan como amigos. Sobre todo, al ver que no cesamos de construirles viviendas sin pedirles nada a cambio. Viven, de hecho, en un

ambiente donde nadie acostumbra a dar nada gratis. Por eso, durante un tiempo, nos miraban con indisimulada reticencia. Hasta sus sonrisas eran protocolarias. Creo no equivocarme afirmando que ya no es así. Y quizás la raíz de su cambio deba buscarse en las horas que compartimos con ellos durante unos

almuerzos donde se respiraba cercanía. Es este un tema sobre el que considero oportuno explicarme con más detalle.

El dulce encanto de los ágapes fraternos

Cuando el pasado mes de marzo estuvimos unos días en Tamahú, decidimos cursar invitación a tres caseríos, agasajándolos con un almuerzo de restaurante. La iniciativa, aunque arriesgada, nos resultó exitosa. Sin embargo, al evaluarla, evitamos las alharacas, sabedores que los aldeanos no suelen ser

expertos en expresar sus sentimientos. Con la esperanza de conseguirlo, se nos ocurrió la idea de ampliar nuestra oferta en la próxima visita de agosto. Y así lo hemos hecho. En el lapso de cuatro días, cerca de cuatrocientos indígenas han sido invitados a compartir con nosotros unos ágapes fraternos, en cuyo menú se ofrecían succulentos filetes de res. Por nuestra parte era una oferta costosa, pues la restauración - incluso en Tamahú- ostenta



A punto de iniciar el almuerzo servido por un restaurante

precios no siempre asequibles. Sin embargo, aun haciendo un notable esfuerzo, decidimos departir varias horas con cuatro comunidades distintas. Ya de entrada nos sorprendió su entusiástica reacción, dado que las vísperas un nutrido grupo de aldeanos bajaba hasta las instalaciones de Asumta para decorarlas con hojas de pino, con ramas de arbusto, con flores silvestres y con un sinfín de globitos. Y el día de autos, aunque la cita fuera para las once, una mayoría se hacía presente un par de horas antes, por miedo sin duda a perderse la convivencia.

Ya de entrada, sus gestos eran expresión de alborozo. Y esto me enterneció. Más aún, al recordar que -hace apenas ocho años- al personarnos por vez primera en Tamahú, nos cuestionábamos cómo adentrarnos en las aldeas. Desde un principio fuimos conscientes de que en ellas la pobreza era extrema. Pero, al saberlas esparcidas por la sierra donde apenas hay caminos transitables, su acceso nos parecía vedado. Sin embargo, ahora no solo hemos conseguido llegar hasta ellas, sino también que ellas lleguen hasta nosotros. A veces no valoramos los logros. Por eso, al hacerlo, aflora sin más la emoción. Al menos tal fue lo que sentí al ver la hilera de personitas que, luciendo sus vestidos de gala, se iban aposentando en el recinto. Y allí, las tertulias, aunque al principio las envolviera el silencio, acababan con bailes al compás del arpa o de la marimba. Durante unas tres horas, ellos y nosotros departíamos, más con miradas que con palabras, el placer de sabernos juntos. Al ser mayoría quienes no hablaban español, la frontera del lenguaje quedaría superada por el flujo de la cordialidad. Con la ayuda de un intérprete, les dirigimos una breve alocución que



Tras el almuerzo, una foto para el recuerdo con la comunidad de Sequib

nos permitió vibrar en su misma frecuencia. Y más aún tras las entusiásticas peroratas de sus “cocodes” (líderes) que generaban un placentero clima fraterno. Y todo ello, acompasado por los acordes de un violín, un arpa o una guitarra. Sin que tampoco faltaran los efluvios de un bien conjuntado coro cuyos cantos infundían solaz al alma.

Aun con todo, lo mejor estaba por llegar. Lo vi plasmado en sus rostros cuando los empleados del restaurante bajaban de su furgoneta los “tappers” con las viandas, acompañadas con un respetable montón de tortillas recién hechas. Es posible que, para más de un aldeano, contar con los servicios de camareros profesionales, fuese una muy singular experiencia. Y su gozo se intensificó aún más al destapar los recipientes y toparse con unos succulentos churrascos que, al menos por unas horas, le harían sentir ahitos. Me sorprendió gratamente constatar que, mientras comían, casi podía mascarse el silencio. Sobre todo los

chiquillos, cuyas raciones eran idénticas a las demás, disfrutaban a tope degustando manjares tan exquisitos. Aunque yo apenas probara bocado, me alimenté con el gozo ajeno. Y es que el espectáculo era para enmarcar. De hecho, me permitió valorar lo que implicaba para ellos el hecho de saberse queridos. Era tal su disfrute que hasta las viandas parecían sazonadas con puro cariño. Finalizado el festín, las mesas quedaron del todo limpias, pues cada mamá se aprestó a meter en su rebozo las sobras de sus retoños. ¡Así celebran un banquete los pobres!



El baile siempre fomenta un clima de cercanía

Y, como postre, el delirio. Tras la foto del grupo, dio comienzo un improvisado baile donde niños y adultos compartían las delicias de tan singular evento. Aunque mi edad no me permitiera florituras, me complació ver como la “misionera” (Fátima) amenizaba el momento con un frenético ritmo de danza compartido con don David, uno de los líderes comunitarios. Mientras los bailes aceleraban su ritmo, muchas comadres hacían fila para sacarse una foto conmigo. Fueron unos momentos entrañables en los que sentí el afecto y la ternura de quienes, años antes, me miraban con recelo y hasta con difidencia.

Sin embargo, todavía quedaba una sorpresa. De antemano habíamos comprado cuatro mil botes de alimentos (frijoles negros y rojos, lentejas y verduras variadas). No es difícil imaginar el alborozo que se armó cuando Fátima, al frente de la operación, iba ofreciendo a cada invitado un número considerable de latas que todos se aprestaban a esconder bajo sus sayos. Vi en sus rostros cómo agradecían tan inesperado gesto. Para ellos se trataba de unos víveres que, aunque puedan adquirirse en la tienda, quedan fuera de su alcance. Pues bien, con ese oportuno obsequio de Fratisa, las despensas de sus hogares, al menos durante unos días, no estarán del todo vacías. Creo que su júbilo fue aún mayor porque al agasajo lo precedió la sorpresa.



El grato momento de recibir el inesperado obsequio de Fratisa

Al despedirnos, entre todos acuñamos una frase: “Hasta la próxima, si Dios da licencia”.

Hasta casi rozando los cielos

Ya dije antes que, desde un principio, aspirábamos a que nuestra obra solidaria se adentrara en las aldeas. Aunque no resultase fácil, se consiguió. Ciertamente que nosotros, a lo largo de los años, hemos tenido ocasión de visitar más de una. Pero el que en verdad ha abierto el camino ha sido nuestro representante, Raúl Leal. Quien conoce la orografía de la región, sabe que en ella lo que no está cuesta arriba es por estar cuesta abajo. Y, en general, las aldeas se encuentran en los puntos más altos de la sierra, por lo que su acceso casi resulta prohibitivo. Sin embargo, nuestro representante lleva años agraciándolos con sus esporádicas visitas, aunque para ello deba subir -durante al menos un par de horas- por senderos enlodados. Al ver cuán penoso le resulta llegar, decidimos -hace casi dos años- proporcionarle un vehículo de doble tracción, invitando a que Asumta compartiera los costos. Su fundador y patrono (D. Xavier Wiechers) aceptó gustoso el reto. Sin embargo, por motivos que quizás Dios llegue a entender, la compra se ha ido posponiendo hasta el punto de cuestionarnos si al fin se llevaría a término. Entre los objetivos de nuestra reciente visita a la misión, figuraba culminar la adquisición del todoterreno.



Nuestro nuevo vehículo, al servicio de los marginados

En una reunión de alto nivel, al fin se convino proceder a la compra. Y, tras abandonar nosotros la misión, se nos notificó que el vehículo ya había sido adquirido. Se trata de una camioneta de doble cabina -marca "Mazda"- con la que sin duda Raúl podrá evitarse muchos esfuerzos. Por otra parte, nos hace ilusión pensar que, con ella, quienes tengan un apremio o un percance, podrán ser trasladados sin problema al hospital. Hasta ahora, ante una emergencia, el paciente debía ser bajado de su aldea en brazos o en una silla de plástico, hasta la carretera donde lo esperaba el microbús de Asumta-Fratista, convertido en ambulancia. Este tenía vedado el acceso a casi todas las aldeas, dado que los caminos de terracería casi siempre están embarrados y los neumáticos del vehículo nunca se han llevado bien con el lodo. En cambio, con el nuevo todoterreno, se aspira a rozar casi los cielos (es pura hipérbole). Y es que a veces los diminutos caseríos se encuentran casi a sus puertas. Esto, como de ordinario suele ocurrir, tiene una explicación.

Debido a cuestionables políticas gubernamentales, grandes extensiones de terreno fueron vendidas en su momento a varios latifundistas extranjeros, con la encomienda de activar su productividad. Era la época dorada de los cafetaleros. Pues bien, en las escrituras de compraventa jamás se contempló que parte de esas propiedades estaban habitadas ya por colectivos indígenas. Estos, aun careciendo de documentación oficial, llevaban siglos asentados allí sin que nadie jamás hubiera cuestionado su presencia. De repente, debido a la nueva legislación, se vieron forzados a abandonar sus hogares, por ser estos propiedad de los cafetaleros. Los desventurados indígenas, viéndose en un callejón sin salida, tuvieron que instalarse en las áreas más recónditas donde ni se producía café ni sus terrenos tenían valor crematístico.

En una reunión de alto nivel, al fin se convino proceder a la compra. Y, tras abandonar

nosotros la misión, se nos notificó que el vehículo ya había sido adquirido. Se trata de una camioneta de doble cabina -marca "Mazda"- con la que sin duda Raúl podrá evitarse muchos esfuerzos. Por otra parte, nos hace ilusión pensar que, con ella, quienes tengan un apremio o un percance, podrán ser trasladados sin problema al hospital. Hasta ahora, ante una emergencia, el paciente debía ser bajado de su aldea en brazos o en una silla de plástico, hasta la carretera donde lo esperaba el microbús de Asumta-Fratista, convertido en ambulancia. Este tenía vedado el acceso a casi todas las aldeas, dado que los caminos de terracería casi siempre están embarrados y los neumáticos del vehículo nunca se han llevado bien con el lodo. En cambio, con el nuevo todoterreno, se aspira a rozar casi los cielos (es pura hipérbole). Y es que a veces los diminutos caseríos se encuentran casi a sus puertas. Esto, como de ordinario suele ocurrir, tiene una explicación.



El todoterreno, atendiendo a la primera paciente

Tal es el motivo por el que, aún hoy, casi todas las aldeas se hallan enclavadas en las zonas más inhóspitas. Pues bien, aun así, Raúl lleva años visitándolas a pie. Nos congratulamos al saber que, en el futuro, podrá hacerlo en el nuevo vehículo. Y este facilitará a su vez que Asumta se persone en sus construcciones de viviendas que, desde hace años, bien ofreciendo a las familias más desprotegidas. Hago votos para que este todoterreno –comprado no sin esfuerzo- facilite la ayuda a quienes (viviendo en la antepuerta de los cielos) quedan solo en manos de Dios, ya que los humanos casi ignoran su existencia. Ojalá consigamos atenuar sus penurias.

Nuevo proyecto en Tamahú

Fátima Guzmán

Desde hace mucho tiempo, en la misión de Tamahú, no ceso de escuchar la palabra “proyecto”. Tanto que casi se me ha convertido en fijación. He constatado, por otra parte, que no todos los que se inician, se llegan a finalizar. Por fortuna, me solaza que los tres de Fratisa (pastoral enfermos - ayuda humanitaria – construcción de viviendas) sigan firmes y boyantes. Observo incluso que cada año se van afianzando. Soy asimismo consciente de que Fratisa –con sus escasos recursos- hace más de lo que puede. Y sus ofertas, aunque no



Fátima, con Vinicio y Gloria, los tres puntales del proyecto



Gloria Xoná, la tutora del proyecto

erradiquen los problemas, ayudan a mitigarlos. No seré yo que le sugiera la gestación de un nuevo proyecto, pues a duras penas puede mantener los que tiene. Sin embargo, en mi calidad de delegada suya para Guatemala, he decidido activar otro más. Lo patrocinaré obviamente Fratisa, aunque lo financie yo. Puesto que ya lo tengo esbozado, quiero compartirlo con nuestros lectores.

Aun viendo lo mucho y bueno que hacemos, hace tiempo que martillea mi mente un tema, a mi juicio vital. Se trata de la educación. Soy consciente de que cuanto les brindamos, de algún modo los educa. Mas, aun así, no puedo evitar los deseos de ofrecerles algo más. ¿Qué? ¡Formación académica! Me causa, de hecho, honda pena constatar que la mayoría de los chiquillos, aunque cursen los estudios primarios, renuncian a iniciar la fase secundaria. Y la razón es casi siempre la misma: sus papás no pueden cubrir sus costos. Ante tan cruda realidad, muchos patojos se comienzan a desmotivar, máxime si se encariñan de alguna chamaca, con la que suelen acabar juntándose. Tal es la triste realidad que he podido pulsar en las pocas aldeas que conozco. Sin duda por ello, desde hace tiempo, no puedo evitar

la pregunta: ¿Qué podría hacerse para motivar a esos niños y niñas cuyo futuro parece abocado a la frustración? Mi respuesta ha sido el proyecto que estoy pergeñando.

Ya en nuestra visita del pasado marzo, me había fijado en una muchacha (Gloria Xoná) cuya sensatez me fascinó. A sus treinta años seguía soltera, pues no quería casarse sin haber hecho antes algo útil para su comunidad de aldeanos. Hace gala de una formación religiosa bastante sólida, pues estuvo dos años con las Hermanas Misioneras de la Eucaristía. Y, aunque no se animase a emitir sus votos, abandonó el convento con un mar de inquietudes. Tras varios años apostando por el compromiso, se ha podido comprobar que su entrega a los demás se traduce en realidades concretas. Ello me animó a entrevistarme con ella, en nuestra reciente visita de agosto, para compartirlle un proyecto que no cesa de bullir en mi cabeza: ofrecer a los niños y niñas de su caserío becas de estudios, garantizándoles que, si responden, las seguirán disfrutando hasta que finalicen una carrera universitaria. Le pareció fantástica la idea, comprometiéndose a gestionarla. Para afianzar aún más nuestro mutuo compromiso, me ofrecí a amadrinarla también a ella, en caso de optar por los estudios universitarios.



¿Acaso estas criaturas no merecen acceder a una educación esmerada?

Aceptando mi propuesta, tras dos días de reflexión, me expresó sus deseos de cursar la carrera de enfermería. Celebré su decisión, pues vi claro que, siendo ella universitaria, podría tutelar mejor a cuantos niños y niñas precisen su asesoramiento.

Le he dejado claro desde un principio que este nuevo proyecto, aunque lo ofrezca Fratisa, será financiado por mí. ¿Cuándo se iniciará? ¡Ya está en marcha! De

hecho, Gloria ha reunido a todos los chiquillos escolarizados de dos caseríos contiguos, ofreciendo becas a cuantos ansien seguir estudiando. La respuesta ha sido casi unánime. ¿Cómo arredrarse, en efecto, ante el hechizo de un futuro halagüeño? Gloria, aunque alentada por el entusiasmo de sus pupilos, quiso mantener antes un diálogo, no solo con sus progenitores, sino también con sus maestros y directores de las escuelas donde estudian. Conscientes ambas de que los arrebatos suelen ser efímeros, quisimos fijar unas bases sólidas desde el principio. El grupo de becados se limitará a veinte (tres del nivel secundario y diecisiete del nivel primario). Si alguno se desapunta, será suplido por el primero de cuantos conformen la lista de espera.

¿Qué conlleva una beca? Ante todo, proveer a su beneficiario, no solo del equipo y utensilios escolares, sino también de cuantos extras aconsejen sus maestros. Se les abonarán asimismo las tasas de su colegiatura. Y, ante cualquier eventualidad, acudirán a su tutora, quien decidirá si considera oportuno cubrirla. Para que el proyecto se mantenga vivo, ella recibirá a su vez las indicaciones pertinentes de nuestro buen amigo y colaborador, Vinicio Gamarro, quien -siendo director de una escuela rural- está en óptimas condiciones para asesorarla. Y más aún, al ser él quien, como nuestro enlace con Asumta, nos gestiona también los fondos. Ello le facilitará proveerla de cuanto se considere de utilidad para el proyecto. Sin embargo, tal como reza nuestro refrán, “en el monte no todo es orégano”. De hecho,



Pido la ayuda de Dios para triunfar en la vida

exigiremos a nuestros becarios que acrediten – por su parte- buenas calificaciones y buen comportamiento, haciéndose así merecedores de cuanto se les ofrece. Con tal propósito, Gloria mantendrá frecuente contacto con los profesores. Quien no cumpla esos requisitos, será excluido sin más del programa.



Sé muy bien que, sin esfuerzo, no hay futuro

Me ilusiona brindar a un grupo de niños y niñas la motivación necesaria para mantenerlos ilusionados. Con mucho mimo y no poca paciencia, espero que nuestros objetivos puedan cubrirse. De ser así, el proyecto ofrecería alas a quienes deseen remontar vuelo. No se me oculta que bastantes se quedarán en el camino. Pero, aun con ello, considero de interés abrirles las puertas para cursar, no solo el bachillerato, sino también carreras universitarias. Da, en efecto, grima observar cómo, sobre todo las muchachas, cuando llegan a la edad de procrear, suelen asumir un destino que con frecuencia las adentra en el desencanto. Me ilusionaría romper tan lastimosa inercia. Daría mis más expresivas gracias a Dios si algunas consiguen alcanzar la meta. Y es que, sin educación, no hay futuro.

Las dos veces que me he personado en el caserío donde deseamos impulsar el proyecto, me ha asombrado ver a tantas personitas (niños y niñas) que piden a gritos vibrar al ritmo de la sociedad guatemalteca. Lo poco que he podido robar a su historia me certifica que en ella las etnias indígenas no han cesado de toparse con el rechazo. Por otra parte, mi

experiencia personal me garantiza que el mundo maya, pese a los avatares de su lúgubre pasado, nunca ha dejado de sonreír a la vida. Su extrema pobreza no le impide lanzar retos al futuro. Y ello me ha conmovido. Al compartir con aquellas gentes algunos pedazos de maíz convertidos en tortilla, he pulsado de cerca su condición de desamparo. Sé muy bien que, aunque mi proyecto culmine en el éxito, los indígenas de Tamahú seguirán suscritos al drama. No en vano mi sentido común me indica que, cuidando un solo árbol, no modifica su faz el bosque. Mas tampoco olvido la sabiduría del famoso refrán: “Ayudando a una persona, ayudas a la humanidad”. Tal es, en realidad, lo que pretendo. Dios me ayude a conseguirlo.

Pastoral de enfermos – Agosto, 2024

Raúl Leal

Este mes de agosto ha tenido para mí una doble faz. Su anverso ha estado marcado por la visita que nos hicieron Fátima y el P. Antonio. Fueron unos días de actividad muy gratificante. Me emocioné cuando los beneficiarios recogieron sus despensas de víveres, pues la presencia de nuestros huéspedes acrecentaba sus sonrisas. Resultaron asimismo entrañables los almuerzos compartidos con cuatro de las comunidades más marcadas por la pobreza. Fueron experiencias únicas, pues en todas se respiraba un grato ambiente de cercanía. Los días pasaron volando y, aunque bastante estresado, me ilusionó ejercer de anfitrión. Pero, claro, toda moneda tiene también su reverso. Y con él me topé, tras ausentarse los misioneros. Vi, en efecto, que tenía atrasado mi trabajo. Sin cundirme por ello el desánimo, me lancé a ponerlo al día mi labor. Para ello, me ha resultado de gran ayuda la reciente adquisición del todoterreno, pues me permite adentrarme sin problema en algunas aldeas donde antes solo llegaba tras sortear con cautela los empinados barrizales de sus sinuosos caminos.

Por fortuna se han normalizado ya las terapias en Fundabiem. Y ello me ha permitido inscribir a nuevos pacientes. Me dio mucha alegría incorporar al niño Adrián Gustavo Xoná que, tras las primeras sesiones, ya experimenta notoria mejoraría. Y espero inscribir cuanto antes a la nena, Karen Xol, pues sé que precisa con apremio los cuidados del Centro. La demora se debe solo al inevitable papeleo que, en nuestro país, a veces resulta tediosa. Sin embargo, me gratifica constatar que, a pesar de los habituales contratiempos, nuestro flujo de enfermos no cesa de ir en aumento. Al margen de las rutinarias visitas a distintos hospitales y clínicas de Cobán y San Cristóbal, hace apenas un par de días me he visto precisado a viajar hasta la capital. No oculto que me resulta algo pesado, pues paso casi toda la jornada en la carretera. Sin embargo, no podía negarme a la petición del hospital regional, cuyo equipo directivo me solicitó el traslado del bebé (1 año), Brandon Vinicio Pacay Xoná, al que apremiaba internar, pues su absceso abdominal requería operarlo sin demora. Aproveché el viaje para que se atendiera también a Marvin Alexander Caal Juc, cuya ceguera requiere que sea sometido a varios exámenes de laboratorio para aplicarle después las terapias pertinentes.

Quiero consignar una vez más que nuestro programa de leche pediátrica evita bastantes muertes. El caso más reciente se asocia con Edizón Elian Lorenzo Quej Quib (1 mes) cuya madre (Lucía) se había abonado al desespero. Veía inerte cómo su bebé se le iba a causa de una desnutrición muy severa. Rehusando ser ingresada en el Centro de Salud para que allí se recuperara su criatura, acudió a mí en busca de apoyo. Se la brindé, inscribiendo al pequeño en nuestro programa, con lo que casi de inmediato quedó fuera de peligro. De no haber actuado con diligencia, el bebé sería hoy un



Edizón, aunque lllore, está ya fuera de peligro

cliente más del cementerio.

Aunque el trasiego haya sido mayúsculo, me limito a compartir algunas situaciones concretas, donde lo trágico se hermana con lo grotesco.

¿Puede un loco comportarse con cordura?

Una tarde, mientras regresaba de Tactic con algunos pacientes, avisté en lontananza una figura humana que deambulaba sin rumbo por la carretera. El tráfico rodado se veía obligado a desviarse ya que el desubicado caminante jamás lo hacía. Intrigado, me pregunté qué estaría ocurriendo. Al acercarme me percaté que se trataba de Carlos, a quien todos conocen con el sobrenombre de “Pelesh”. Vagaba sin rumbo, guiado por su desvarío. Viviendo en una aldea (Popabaj), iba exactamente en dirección contraria. Se le había atorado la brújula de la mente. Y la razón era muy simple: ¡“Pelesh” está loco!

Hace ya bastantes años que Fratisa le viene brindando su apoyo. Ya en tiempo del P. Philippe, fue tratado por nosotros como epiléptico cuyas convulsiones lo sumían en un estado de enajenación mental. Tras llevarlo varias veces al



“Pelesh”, deambulando sin rumbo

neurólogo, se le recetaron medicinas. Y, mientras las tomó, seguía algo cuerdo. Incluso acompañaba al párroco cuando este subía a una aldea, llevándole el maletín con los paramentos litúrgicos. Sin embargo, al abandonar su tratamiento, cayó raudo en el pozo de su insania. Esta le venía rondando, desde que –un tiempo atrás – consumiera dosis excesivas de marihuana. El abuso de opiáceos acabó convirtiendo su epilepsia en locura. Aunque Fratisa siempre se haya mostrado dispuesta a ayudarlo, su situación personal lo impide. De hecho, la intensidad de sus convulsiones acabó volviéndolo agresivo. Tanto que las mamás, para amedrentar a sus niños, solo tienen que mentar su nombre. En una ocasión fue tan virulento su proceder que, tras la intervención de la policía, se lo ingresó de urgencia en un hospital capitalino donde los médicos –por desgracia- nada pudieron hacer por él.

Actualmente no cesa de rondar por el pueblo, llegando hasta la parroquia donde el P. Denis siempre le ofrece un bocadillo. Cuando los vientos le son favorables, consiente incluso que se le corte el pelo y se le ponga una camisa limpia. A principios de agosto, mientras estaba sentado en un banco parroquial, el P. Antonio hizo sus mejores esfuerzos por entablar conversación con él. Pero fue en vano. “Pelesh” vive en un mundo al que nadie tiene acceso. Por eso, me preocupé tanto al verlo desnortado en la carretera. Con delicadeza y hasta con mimo, lo invité a subirse en nuestro vehículo. No me puso resistencia. Al contrario, casi atisé en sus labios un esbozo de sonrisa. Y, al dejarlo junto a su casa, hizo un gesto con la mano que quiso sonarme a gratitud. Ante tan inusual reacción, al regresar, no cesaba de preguntarme: ¿Puede un loco actuar con cordura?

Los penares de don José

Era una tarde lluviosa. Estaba yo atendiendo a varios pacientes en la oficina de Fratisa cuando -de repente- vi frente a mí a una señora aún joven, envuelta en puros sollozos. La invité a tranquilizarse. Y, en cierto modo, lo conseguí. Ya serena, comenzó a narrarme su tragedia. O mejor, la de su papá. Me rogó que los agraciara a ambos con una visita para comprobar la crudeza de su situación. Al disponer de un respiro, me acerqué a su aldea. El papá, don José Ichich (79 años), sabedor de mi llegada, salió raudo a darme la bienvenida. Tras entrar en su hogar, no pude ocultar mi asombro. Aunque la casita era pequeña, estaba

dividida en dos compartimentos, separados por tabloncillos corroídos y hojalatas podridas. El anciano, sentándose al borde del lecho, me expuso con crudeza su agobiante problema.

Su desgarró estaba provocado por Gabriela Ali Cahué de Quej (51 años). Aun teniéndola aislada, sus lamentos se escuchaban a través del endeble muro. Parece ser que, hace ya varios años, falleció la esposa de don José, cuyos hijos, al ser ya mayores, se habían emancipado. Don José, tras enviudar, para paliar su soledad, se procuró la compañía de Gabriela que, en un primer momento, se convirtió en el soporte de la familia. Mas, al ir pasando los años, se le fue acentuando cada vez más un preocupante deterioro mental. Cayó en un estado maniacodepresivo, debido a un incipiente alzheimer o quizás a una



Raúl, consolando y asesorando a don José y a su hija

progresiva demencia. Lo cierto es que vivía en un continuo ulular. Aun sin ser normalmente agresiva, sus repentinos cambios de humor obligaron a mantenerla encerrada. Ante tal encrucijada, el bueno de don José, derretido en un mar de lágrimas, me pedía consejo y ayuda.

Ni él ni su hija estaban en condiciones de cuidar a la enferma, pues sus reacciones –además de imprevisibles- no siempre se regían por los cánones de la cordura. ¿Qué hacer? Les sugerí que grabaran en

un video su comportamiento para consultar después a un neurólogo o a un psiquiatra. Y, según sea su diagnóstico, buscaremos la mejor manera de resolver el problema. Según me confidenciaba llorando el viejito, a él ya no le quedan fuerzas para soportar las impertinencias de su pareja. Entendí muy bien su desespero. Y le prometí hacer lo posible por paliarlo. Habrá que ver, cuando llegue el momento, si el desajuste psíquico de Gabriela aconseja internarla en un asilo o más bien encerrarla en un manicomio. En todo caso, es una situación dramática que –con la ayuda de Dios- intentaré afrontar, ofreciéndoles, no solo consuelo, sino también soluciones. Fratisa no acostumbra a desentenderse de quienes se nutren de angustia.

¿Rapto o huida?

La experiencia me ha enseñado a filtrar las noticias, sobre todo cuando son alarmistas. Algo así me ocurrió hace unos días al hallarme en mi oficina. Una de mis pacientes me comentó que Juliana Yaxcal, hija de don Manuel Chalib, había enfermado de demencia. Aunque me preocupé, no acabé de creérmelo. De hecho, ambos aldeanos (viven en Comonhoj) llegan todos los meses a recoger sus despensas. Y jamás he observado en ella el menor síntoma de vesania. Aun así, para disipar mis dudas, decidí acercarme a su caserío. En el camino, me topé con algunos vecinos, los cuales me confirmaron los quebrantos de salud de Juliana. Así pues, dialogando con la duda, llegué hasta su humilde vivienda. Al entrar, me encontré a don Manuel almorzando, mientras su hija –transpirando desdicha- me observaba apoltronada en su silla de plástico. Al verme, acentuó aún más su expresión de desconsuelo. Pero, en su pose, más que locura, descubrí depresión y zozobra.

Tras los saludos protocolarios, me compartieron sus cuitas. Supe entonces que Juliana, madre soltera, tenía dos hijos: uno de 14 años y otro de 11. Pues bien, este último desapareció de repente. Y ella, sin mayor indagación, dictaminó que lo habían secuestrado. La realidad era muy distinta. El pequeño se había acogido por decisión propia al tutelaje de otra familia con la esperanza ser cuidado por ella con más mimo. Parece ser que en su hogar no le faltaba maltrato. El patojo había ido en busca de cariño, hallándolo en un ambiente donde también contaba con grupito de amigos. Así se lo explicaron a Juliana, pero esta –terca como una mula- siguió aferrándose a la teoría del rapto. Llegó a ser tal su obsesión que acabó enfermado de gravedad. El niño solo aceptó regresar cuando la comunidad de Comonhoj, viendo el rumbo que tomaba el caso, buscó y encontró la solución correcta. Esta, sin embargo, no alivió la congoja de la señora que, a pesar de mis consejos, decidió cobijarse en su pena. A veces de dolor también se muere. Por fortuna logré convencerla de que se personara en Tamahú donde, con receta médica, le conseguí medicamentos. Y estos –según me consta- la están sacando de su postración. Su caso, al analizarlo con lupa, se me antojó un monumento al absurdo.



El agobiante desasosiego de Juliana

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – AGOSTO, 2024

DESCRIPCION	CANTIDAD
Pacientes trasladados a neurología	01
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	24
Pacientes trasladados a oftalmología	01
Pacientes trasladados a Fundabiem	06

Asistencias durante el mes en Fundabiem	13
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	02
Pacientes trasladados a hospitales de la ciudad capital	02
Otros traslados	02
Consultas médicas privadas y medicinas entregadas	02
Leche pediátrica entregada (botes)	15
Pacientes que recibieron medicinas con receta	24
Extracción de piezas dentales	15
Pacientes a quienes se realizó un estudio de Rayos X	01
Pacientes a quienes se realizaron exámenes de laboratorio	02
Pacientes a quienes se realizaron ultrasonidos	03
Visitas a familias y enfermos	16

Tañendo la campana

Emilio Álvarez Frías

Ya que estábamos en Asturias, optamos por encontrarnos con una de las muchas ermitas que existen en esta provincia, pues, como en la mayoría de las tierras de España, no podemos ni queremos olvidar lo que la historia ha ido repartiendo por valles y riscos, pueblos y ciudades. Buscando donde ir, encontramos un lugar en el que se asienta la ermita o capilla de Santiago Apóstol, en el concejo de Morcín,



cerca del pico Monsacro, y no lejos de Oviedo y de Mieres, en la Sierra del Aramo; no lo pensamos dos veces, y hacia allí nos dirigimos en un día caluroso, pero de menos grados que en la mayor parte de España.

Como teníamos que pasar por Oviedo, aprovechamos para visitar su catedral y callejear un tanto, ya que es una ciudad encantadora, tranquila, donde uno se imagina que la vida es sumamente pausada. A primera hora de la tarde encaminamos nuestros pasos hacia la ermita elegida, a la distancia de algo más de unos 10 km.

El primer recuerdo que nos ofrece el lugar, es que hubo que trasladar allí, durante la invasión musulmana, el Arca Santa y otras reliquias venidas de Jerusalén y depositadas en Toledo; como había que esconderlas de la rapiña de los musulmanes, la corte visigoda llevó todas esas reliquias al otro lado de la cordillera Cantábrica, repartiéndolas por distintas capillas medievales de Monsacro; como hemos dicho, el Arca Santa encontró cobijo en la ermita de Santiago Apóstol; luego, con el tiempo, su contenido fue traspasado a la catedral

de Oviedo.

Andar por la montaña entre roquedales sin duda es molesto, pero permite contemplar unos paisajes increíblemente bellos. Y hermoso es el entorno donde se encuentra la ermita de Santiago Apóstol, con fachada de arco de medio punto. En el interior se encuentra el pozo de Santo Toribio, la cueva del Ermitaño, el altar primitivo románico en un ábside semicircular.

Cerca de la ermita, en un casi recóndito rincón, entre piedras, nos sentamos plácidamente a descansar y comentar lo visto en Oviedo y en la ermita, y a continuación la revelación que tuvieron el P. Salas y Fátima, siempre acompañados por Raúl, respecto al pasmo de los habitantes de cuatro aldeas, en las comidas de restaurante, lo que para aquellos indígenas era una sorpresa. Así como del descubrimiento que va haciendo el P. Salas de que es posible, aunque difícil, la aproximación a aquellos nativos del lugar, toda vez que son

profundamente retraídos con la gente que les llevan tratando con rigor durante siglos. Sin duda a todos nosotros nos hubiera gustado estar allí para bailar al compás del arpa o la marimba, y, como no, al bautismo del nuevo vehículo con el que ya podrá llegar Raúl a las aldeas evitando esos «paseos» que se da casi a diario por los escarpados montes. Agradecimiento que hemos lanzado al vuelo para que lo recojan las personas que han hecho posible la operación.

FRATISA

Si quiere hacer un donativo *periódico*, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ n° _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta - Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____ . _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de
“Fundación Isabel de Lamo Pattos – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538



Cuando Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

Toda ayuda es de agradecer - ¡Muchos pocos hacen un mucho!

Si desea leer algún otro número atrasado de este Boletín, consulte nuestra Web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones